Por Craig Keener

Traducido por Alberto Bonilla-Giovanetti

“‘In Christ’”: united with Christ, immersed in Christ

“En Cristo”: unido con Cristo, inmerso en Cristo

Yo conocía pasajes bíblicos sobre nuestra solidaridad con Cristo—estamos “en Cristo,” somos el cuerpo de Cristo, y así subsiguientemente. Pero no estaba seguro de como eso se conectaba con nuestra experiencia espiritual personal con Cristo. ¿Acaso estaba relacionado con Cristo viviendo en nosotros (Gálatas 2:20)? ¿Estaba relacionado con experimentar su vida resucitada a través del Espíritu? Después de todo, los israelitas antiguos estaban relacionados comunitariamente con Jacob sin tener una *experiencia* personal con Jacob. La humanidad es pecadora sin que los humanos de hoy hayan conocido personalmente a un tipo llamado Adán.

Pero por supuesto, según iba aprendiendo, la naturaleza de la relación no es exactamente lo mismo. Somos vinculados con Adán en Romanos 5:12–21 como los herederos de Adán, como descendientes y pecadores como él. Somos contados en Cristo a través del bautismo en Cristo, no a través de descendencia genética. “Adán” puede que viva en nosotros en cierto modo (en términos solidarios como descendientes y pecadores), pero el Espíritu de Cristo hace que Cristo esté presente con nosotros de manera más dinámica (Romanos 8:9).

*Solidaridad con Cristo*

Pablo enfatiza que la solidaridad del creyente con Cristo trae una liberación más grande que la derrota efectuada por nuestra solidaridad con Adán (Romanos 5:12–21). Él entonces continúa y desarrolla el tema de nuestra unión con Cristo en vez de con “la vieja persona” (6:6) en Adán. Bautizados en Cristo (6:3–4), compartimos la muerte y resurrección de Cristo (6:3–6a, 11). Pablo puede dar por sentado que ser bautizado en Cristo implica el bautismo en su muerte porque él entiende que la inmersión en Cristo incluye compartir su experiencia. No es meramente teórico.

*“¿Ignoran que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Pues, por el bautismo fuimos sepultados juntamente con él en la muerte para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque así como hemos sido identificados con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la semejanza de su resurrección. Y sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él…Así también ustedes, consideren que están muertos para el pecado pero que están vivos para Dios en Cristo Jesús.”*

(Romanos 6:3–5a, 11, RVA–2015)

Este sentido de solidaridad con Cristo no esta limitado a un pasaje. Tampoco Colosenses 3: “*porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios* (Colosenses 3:3 RVA–2015); “*Cristo, la vida de ustedes*” (3:4 RVA–2015); “*y se han vestido del nuevo, el cual se renueva para un pleno conocimiento conforme a la imagen de aquel que lo creó*” (3:10 RVA–2015).

Pablo encuentra analogías parciales para esta solidaridad en experiencia compartida en términos de quienes comparten con Adán en el pecado (Romanos 5:12–21) y la experiencia compartida de Israel con Moisés. En 1 Corintios 10:2, por analogía con la experiencia cristiana del bautismo y la Santa Cena, los israelitas fueron “bautizados en Moisés” (aunque, Pablo advierte, ellos fallaron y no perseveraron). Podemos pensar de manera similar con como Jesús recapitula los elementos de la experiencia de Israel en los capítulos tempranos del Evangelio de Mateo.

Ser bautizados en Cristo significa que nos hemos vestido con Cristo (Gálatas 3:27); compartimos en él una nueva identidad. Debemos ponernos la nueva persona, recreada en la imagen de Dios (Efesios 3:22–24; Colosenses 3:9–10), según la humanidad fue creada en la imagen de Dios en el principio (Génesis 1:26). Obviamente esta solidaridad tiene una dimensión forense: esto es, como Dios nos ve en Cristo. Aun así, también debe impactar la realidad en nuestro lado y también en la de Dios. Estamos llamados a *ser* lo que *somos* en Cristo. En Cristo, debemos deshacernos de la vieja persona (lo que éramos en Adán) y ponernos la nueva persona, recreada en la imagen de Dios (Efesios 4:22–24; cf. Colosenses 3:8). Debemos vivir de acuerdo con la nueva identidad que Dios nos ha dado en Cristo.

Pablo dice que como llevamos la imagen mortal de Adán, también llevaremos la imagen inmortal de Cristo (1 Corintios 15:49). Progresivamente (2 Corintios 3:17) y al final (Romanos 8:29) somos conformados a la imagen de Cristo, quien es la imagen de Dios (2 Corintios 4:4; Colosenses 1:15). Somos conformados a esta imagen al ser moldeados por el fruto del Espíritu que está dentro de nosotros (Gálatas 5:22–23), esencialmente cuando Cristo *vive* en nosotros (Gálatas 2:20).

*Inmersos en Cristo*

¿Como es que este compartir en Cristo es efectuado en nosotros? El Espíritu de Cristo (Romanos 8:9) vive en nosotros.

El Espíritu nos bautiza en Cristo: “*Porque por un solo Espíritu fuimos bautizados todos en un solo cuerpo*” (1 Corintios 12:13, RVA–2015). Los bautismos antiguos judíos eran inmersiones rituales, así que esta imagen es del Espíritu sumergiéndonos en Cristo. Esta imagen sugiere que ser vestidos con Cristo no está limitado solamente con como Dios nos ve a nosotros.

Las expresiones de Pablo harían sentido a aquellos que ya están familiarizados con el lenguaje cristiano primitivo heredado de Juan el Bautista: “*él les bautizara en el Espíritu Santo*” (Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33; Hechos 1:5; 11:16). (También hay un sentido mas limitado de esta frase en el Nuevo Testamento, pero en este punto estoy usando la frase de manera mas general.)

No es sorpresa, entonces, que Lucas, quien habla de la iglesia siendo bautizada en el Espíritu, en sus narrativas paralela los ministerios del movimiento de Jesús en Jerusalén (dirigida por Pedro) y la misión de la Diáspora (dirigida por Pablo) con el ministerio de Jesús. El mismo Señor trabajó en Pedro y Pablo (Gálatas 2:7–8).

Porque el Espíritu de Dios es también el Espíritu de Cristo, ser inmerso en el Espíritu significa ser inmerso en Cristo. Leemos los Evangelios como la historia de nuestro héroe, pero también nuestro modelo a seguir, y quien el Espíritu le da poder para que nosotros le sigamos. Así, en tres párrafos de seguido, Marcos anuncia a Jesús como el que bautiza con el Espíritu (Marcos 1:8), el pionero de la vida bautizada en el Espíritu (1:9–11), y como el modelo de como esto se ve ya que el Espíritu lo manda al conflicto con el enemigo espiritual (1:12–13). Jesús sigue advirtiendo a los discípulos que ellos deben compartir su fe (9:19, 23, 29; 11:21–24) y su sufrimiento (8:34; 13:13).

*Caminando en Cristo*

“Por tanto, de la manera que han recibido a Cristo Jesús el Señor, así anden en él, firmemente arraigados y sobreedificados en él” (Col 2:6–7a, RVA–2015)

“Por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:5b–6, RVA–2015)

Nuestra solidaridad con la humanidad adánica viene por el nacimiento. En Adán, compartimos ADN glorioso diseñada para reflejar la imagen de Dios, pero apartada de la presencia y el propósito de Dios por el pecado humano.

Nuestra solidaridad con Cristo viene por el bautismo, si, en agua, en la entrada a la nueva vida, pero también en el Espíritu. Compartimos la vida, muerte, sepultura y resurrección de Cristo porque somos inmersos en él. A través de la mente del Espíritu (Romanos 8:5), la mente de Cristo (1 Corintios 2:16), crecemos hasta pensar en sus caminos y actuamos como Jesús actuaría. El viejo dicho, “¿Que haría Jesús?” es mas que un slogan; nos invita a pensar y actuar como Jesús piensa y actúa, al igual que Jesús actuó solo como él vio como el Padre actuaba (Juan 5:19–20). El Espíritu comunica a Cristo mismo en la predicación de la palabra (véase Juan 16:7–11; 1 Tesalonicenses 2:13). Porque Cristo vive en nosotros por el Espíritu (Juan 14:17), llevamos su fruto como ramas en la vid (15:4–5), continuando muchos aspectos de su misión (20:21–22). Caminar en el Espíritu (Gálatas 5:16) también es caminar en Cristo (Colosenses 2:6).

Hasta donde reconocemos que Dios ha afectado nuestra solidaridad con Cristo, podemos apropiar esa identidad como miembros de Cristo (i.e., de su cuerpo; Romanos 12:5; 1 Corintios 6:15; Efesios 4:25). Podemos recordar que Cristo vive en nosotros y confiamos su carácter para vivir a través de nosotros. Entre más sabemos como él es, más podemos reflejar ese carácter por fe. Porque somos todos miembros únicos de su cuerpo, reflejaremos individualmente diferentes aspectos de su ministerio. Ninguno de nosotros es el cuerpo complete de Cristo para nosotros mismos.

No deberíamos tener que decirlo, pero quizás es necesario, que nosotros no tomamos el *puesto* de Jesús; lo opuesto debe ser el caso: Jesús como Señor reina en nosotros para hacer que su corazón sea conocido. Esto viene a través de nuestra relación directa con la cabeza, Jesucristo, quien es la fuente de nuestra nueva vida (Efesios 4:15–16; Colosenses 2:19; 3:4a).

No somos Jesús, pero somos sus agentes. Y cuando esos agentes trabajan juntos, aquellos que están alrededor pueden ver una imagen más completa del carácter de Cristo a través de su cuerpo que funciona junta. Como su cuerpo, idealmente, revelamos su carácter, su corazón, sus propósitos, juntos, para que ya no seamos nosotros quienes vivimos sino Cristo quien vive en nosotros (Gálatas 2:20). Inmersos en Cristo, vestidos en Cristo, queremos que nuestras vidas revelen a Cristo en lo que decimos y hacemos y pensamos. Juntos, como los miembros diversos del cuerpo de Cristo, estamos invitados a mostrarle al mundo lo que Cristo entre nosotros puede hacer, probando el poder transformador de Dios aún ante los gobernantes celestiales (Efesios 3:10). Idealmente, nosotros como el cuerpo de Cristo deberíamos madurar en unidad al confiar y conocer a Cristo (Efesios 4:12–13). Nadie ha visto a Dios, pero al amarnos los unos a los otros le podemos dar una probadita de Dios al mundo (1 Juan 4:12), y sabemos que vivimos en él y que él vive en nosotros porque él nos ha dado su Espíritu (1 Juan 4:13).

Los académicos debaten hoy sobre el significado del “bautismo en el Espíritu.” Mas importante que esos debates sobre las palabras, sin embargo (la cual he evitado deliberadamente) es que en verdad aceptemos todo lo que el Espíritu quiere hacer en nosotros. Dios desea darnos poder para vivir como aquellos que han sido inmersos en su Espíritu, e inmersos en Cristo. Dios quiere que la gente continúe viendo como es Jesús como el Espíritu de Cristo trabajando en y a través de nosotros.